

téntico nuevo genio. En mi caso, de forma un tanto irracional, películas como "Kaspar Hauser" o "Agulrra, la cólera de Dios" me han parecido pretenciosas e inútilmente grandilocuentes. Quizá por eso "Nosferatu" sea, a pesar de todo, su película más interesante para mí, en un momento en el que sus admiradores habituales piensan que Herzog ha perdido en esta película gran parte de su sensibilidad.

La razón de ello parece estar en que "Nosferatu" se ha realizado con intervención de multinacionales y, por lo tanto, con muchos más medios y controles de los habitualmente sufridos por cualquier autor. De cualquier forma, esos medios se han traducido en una excelente ambientación, fotografía, vestuario y caracterización de los actores, conjunto que mereció un premio del Jurado en el último Festival de Berlín. En ese ambiente, Herzog incluye la historia de "Nosferatu" con la frialdad antes citada. Gracias a que Klaus Kinsky ha creado un vampiro lleno de ternura. De otra forma, la película no hubiera sido más que una versión más. ■ DIEGO GALAN.

"Tres en raya"

La mayoría de los directores españoles iniciados en el cine durante las décadas de los cincuen-

ta o sesenta optaban en sus películas por un punto de vista dramático de la sociedad española: una respuesta emocional cercana a la tristeza ambiental de los años de franquismo. Las nuevas generaciones, por el contrario, se acercan más decididamente a la comedia, aunque desde ángulos muy distintos entre sí: Bodegas, Garci, Cecilia Bartolomé, Colomo, Gerardo García, Carlos Mira y la mayoría de los cortometrajistas actuales así lo hacen. Quieren reírse y hacernos reír con lo que ven a su alrededor. Una risa que bordea muchas veces al absurdo, pero que resulta más válida cuanto más cercana está a la realidad que comentan. Lo contrario sería gratuito y posiblemente inútil en cuanto no consiguiera las risas deseadas.

Cerca de ese peligro está Francisco Romá con su primer largometraje, "Tres en raya", al partir de una situación ingenua e idealista, es decir, ausente de datos precisos y reconocibles: tres jóvenes se conocen de forma fortuita y acaban viviendo juntos sin que medie para ello algún elemento de los que hubiesen sido imprescindibles en la realidad. A partir de ahí, la película se abre a un juego privado y sin sentido, a un humor sobre la nada. Sin embargo, a pesar de esa idealización, Francisco Romá continúa su juego por muy distintos caminos, desiguales entre sí, pero capaces algunos de convertir "Tres en raya" en una excelente comedia. Son esos momentos los inter-

pretados por actores inteligentes capaces de haber creado unos tipos caricaturescos y divertidos, es decir, los de Gemma Cuervo (extraordinaria), Irene Gutiérrez Caba (espléndida) o Héctor Alterio (peor ayudado por el guión). El resto varía según el cansancio del espectador desde lo soportable hasta lo francamente descahellado, como, por ejemplo, las secuencias de la encuesta televisiva o el asalto nocturno, desafortunadamente incluídas en una película que podía ser mucho mejor de lo que es, ya que, en esa intermitencia de interés, Francisco Romá demuestra en ocasiones saber qué es la comedia y qué posibilidades le ofrece. Lo que sin duda concretará con mayor rigor en su siguiente título. ■ D. G.



Día mundial del teatro

Apenas una obligada reseña sobre la simbólica fecha (19 de abril) en que nuestro espectáculo teatral conmemoró ya no sabemos muy bien qué, pero que sin duda sirvió para tranquilizar ciertas inquietas conciencias. Quitemos esa "graciosa" reducción en el precio de las localidades (que no es otra cosa que dejarlas en lo que debería ser su justo precio) y el clásico manifiesto que no en todas las salas se leyó antes de comenzar la función, y nos encontraremos ante el vacío.

El pregón de este año ha sido encargado a Antonio Gala. Ni apologías ni censuras a su ya reconocido talento dramático. El medio de comunicación más popular, Televisión, fue el encargado de transmitir a todo el país, por boca del mismo autor, tan sabroso discurso. (Buena paradoja, dicho sea de pasada, que TVE se preste a lanzar el anual grito farandulero cuando su programación dramática no puede ser más desastrosa.) Y en este mensaje barroco, emocionado, perfumado de lujos lingüísticos, cultas metáforas y preciosistas imágenes, Gala solicitó de toda la población española amor, mucho amor hacia el teatro y gran dosis

de comprensión para los egregios locos que lo hacen posible. Incitó a los millones de españoles (que jamás han tenido ante sus ojos más telón de fondo que el integral abandono dramático de que son objeto) a que hagan suyo un espectáculo que al parecer les pertenece. Hermoso canto, muy colocado (librería al fondo y señorial bastón en la enjuta diestra), muy puesto todo, muy de élite redentora que solicita mayor aplauso a su talento. Y ante esta aparición sofisticada, ¿qué habrán pensado los grises habitantes de nuestros pequeños pueblos de Castilla, Galicia, Andalucía? ¿Se hablaba realmente para ellos? Tan fina elocuencia, tan erudito coturno, ¿es mensaje para un pueblo que todavía mira la cultura desde abajo?

Y ya que no están en manos de los profesionales las soluciones últimas para que este estado de cosas termine de una vez, lo que sí pueden hacer las gentes de teatro es algo bien sencillo: amar precisamente a su pueblo por medio del trabajo particular. Y amar no es catequizar una vez al año desde el pedestal que sostiene la gloria personal. Amar al pueblo (a ese pueblo para el que Gala escribió sus líneas), para que él pueda amar el teatro, es clavar telones en sus plazas más recónditas, prestar gratuitamente nuestros textos cuando no existen medios para remunerarlos. Amar es sufrir con esa mayoría sorda, reflejando en nuestros espectáculos sus intereses de clase y no otros. Amar al pueblo es hablarle con humildad, sin mantos de púrpura academicista. Lo otro, conmemorar un día cualquiera con retóricas y altisonantes ditirambos, es dejar que se nos contemple, boina en mano, como a dioses de la moderna mitología culturista. De lo contrario, este día seco del teatro continuará siendo una fecha más, en que lo prohombres serán felicitados por sus mecenas ante la mirada atónita de millones de seres a los que aseguran servir. ■ MIGUEL A. MEDINA.

"¿Fuiste a ver a la abuela?"

La temporada finaliza para el Centro Cultural La Corrala, y con ella se abandona definitivamente la sala Cadarso para inaugurar, en septiembre próximo, el teatro

"Tres en raya", de Francisco Romá.

